

Mutis en el foro

(Navarra Hoy, 14. 12. 1992)

Más que al político que falta a su palabra, temo al político al que le falta la palabra. El primero es un político inmoral, mientras que el segundo no es -desde el ideal democrático- ni siquiera un político. Ambos resultan, desde luego, discípulos de Maquiavelo, para quien el gobernante debía ser "un gran simulador y un gran disimulador". Pero, mientras el que se enreda en la palabra se arriesga a ser contradicho por otra voz más aguda o verdadera, quien se cierra al diálogo excluye toda posibilidad de que sus propósitos sean descubiertos. En este último el disimulo es más completo y, con él, a la postre, la comunidad sale más defraudada.

Dejaremos esa especie de tribunos que no saben (como nos pasa a cualquier mortal), pero se lanzan a contestar todo lo que se les pone a tiro de cámara o micrófono. Tampoco nos preocupa, naturalmente, aquella clase de naderías a las que tantos políticos replican de inmediato y con gran aplomo. No hay sandez que se le haya ocurrido pronunciar al portavoz de un partido que el vocero de al lado pueda dejar de tomarse en serio, o al menos aparentarlo. Y otro tanto sucede con la interrogación que le dirige el avieso periodista en la rueda de prensa. Por lo general, la insulsez del uno se ajusta como un guante a la vaciedad del otro... Ni siquiera aludimos a las demandas que un día sí y otro también, con mayor razón o sin ninguna, les presentan distintos grupos de administrados. Pues en estos casos, sea a tenor de la relevancia atribuida a los demandantes o sencillamente por el ruido que arman, los administradores acaban dando la cara.

Nos referimos tan sólo a esa notable prerrogativa de los políticos -apenas sin excepción a derecha e izquierda- por la que jamás contestan a las interpelaciones venidas de la ciudadanía a través de la prensa. Los interpelantes ya no son asociaciones ni colectivos, coordinadoras ni comisiones, sino individuos que escriben en nombre propio; lo que se exige de la autoridad no son ahora reivindicaciones, sino razones. Pues bien, en este terreno el silencio de los antes tan parlanchines viene a ser total.

Aquí reina el mutismo de los inmutables. A esta tribuna por lo regular no acuden los tribunos. ¿Será que, tras reposada meditación, acaban aceptando los argumentos de sus críticos?. ¡Qué va!. En cuanto se les ofrece la ocasión, y como si nada hubiera pasado, volverán a incurrir en las mismas majaderías y errores cuyo desatino ya se les apuntó en su día.

Y, entonces, ¿a qué se debe tan súbita (y selectiva) dolencia que vuelve ágrafos a los políticos y a sus gabinetes de prensa?. Podrán escudarse tras ese falso respeto, que es auténtica indiferencia, ante la opinión ajena. Argüirán quizá el exceso de ocupaciones: no van a estar entrando al trapo de cuanta denuncia o polémica se les eche encima... Es probable, con todo, que en su mutismo haya mucho de esa impostada dignidad que no quiere darse por enterada de la existencia del interlocutor. Sólo faltaba que ellos, poseídos de la gravedad de su función y papel, tuvieran que *rebajarse* a la altura del oponente, darle semejante satisfacción y convertirlo en famoso por un día. Ha de suponerse que el otro apenas será capaz de entender la complejidad del problema ni la previsión cuidadosa del político. A saber, además, con qué torvas intenciones viene ese entrometido. Lo mejor será, por si acaso, atribuirle un tono, un estilo, lo que sea, que presuntamente le *descalifican* para solicitar nada, que liberan de antemano al dirigente del deber de cualquier respuesta... Ahora bien, al no hacer aprecio del interlocutor, ¿es que no desprecia mucho más la posible lucidez que aquél podría depararle?.

No hay que descartar, pues, en nuestro político la ignorancia o la cobardía en porciones variables. Por lo demás, comparte con su tiempo ese uso meramente estratégico de la razón (o sea, su desuso) que la pone al servicio del interés partidario, coyuntural o técnico más ratonero. El político, ante todo hombre de acción, tiende a considerarse dispensado de cualquier estudio y a juzgar el trabajo de los conceptos como vana metafísica. Cada vez que le importe sacar adelante algún proyecto dudoso, el someterlo a reflexión pública entorpecería las cosas y en el debate abierto sólo llevaría las de perder. El sabe bien que su éxito radica en los votos, en la intriga o en los hechos consumados; su fuerte es la simplicidad, no el razonamiento. Si no entra en

polémica es porque conoce como nadie que la gente -o sea, sus electores- olvida con premura, que su triunfo requiere la ignorancia ciudadana, que su poder se asienta en la impotencia general. Como mucho, le tocará calcular cuál es la tirada del periódico donde se ha visto desairado... De esos políticos ya escribió Kant hace dos siglos que *"no se avergüenzan nunca por el juicio de la masa sino por el de otra potencia [léase aquí: por el juicio del partido rival], y no es la publicidad de las máximas sino su fracaso lo que puede ponerlas en vergüenza "*.

Pero me atrevo a suponer que el motivo último de su displicente silencio es de naturaleza más honda: que *no se consideran obligados a contestar* . Y que esta convicción pueda basarse, a su vez, en varias razones que -de tan torpes- permanecen implícitas y al fondo. Una consistiría en que él, que es igual a cualquier otro político, *no es un igual* respecto de los demás ciudadanos. El pertenece a un rango superior, porque los votantes mismos le han separado de la condición común; ¿acaso no es un elegido?. Otra diría que, siendo el demandante un individuo privado (?), no tiene el hombre público por qué explicarse en público. O simplemente que una persona singular, sin fuerza social que lo respalde, ha dejado de ser un sujeto político. Y hasta puede pensar que sus votos o los de su partido, su apoyo popular, aportan su mejor argumento y no necesita más justificación para sus dichos y sus hechos. Ya está bien de incordiar.

A ése habría que recordarle que los mismos que le otorgan más derechos, pero sólo para ejercerlos en nombre de todos, le hacen también contraer más deberes para con todos. Claro que ese representante imaginará que ya debate y rinde cuentas de sus propuestas ante el resto de representantes, que ya es suficiente espacio público el que ofrecen las sesiones del Ayuntamiento o del Parlamento... Pero quien a estas alturas de partitocracia -que no de parlamentarismo- se llene la boca con tal pretensión, sin más cautelas, se está llamando andana. Ni en la teoría ni en la práctica aquellas instituciones públicas agotan la representación (y no digamos la participación) del ciudadano cerca del poder. Así que, no para suplantadas y sí para completarlas y espolearlas, surgen otros varios foros donde el público deja oír su voz y tiene derecho a ser escuchado y respondido. La libertad de expresión no es tan sólo un derecho de

quien se expresa; en política, si aquélla quiere ser efectiva, conlleva también la obligación de tomar en serio -cuando es serio- lo expresado.

En su defensa, nuestro político alegará todavía que se pasa el día *negociando* con las comisiones e instituciones más diversas. Bien está; pero, por precisa que hoy sea la negociación, nadie puede ignorar que en ella se emplea la palabra privada, una palabra que no se atreve a hacerse pública. Como en el negocio o en el mercado, allí se habla el lenguaje de los precios, cuando no el del trapicheo y la presión, del regateo y la amenaza soterrada... ¿Y qué decir, en fin, de quien cuenta sus razones por sus votos, más o menos como aquel personaje que mostraba sus poderes señalando a su artillería?. Pues que en política, como en los demás espacios humanos, el apoyo numérico no equivale a soporte racional. Verdad es que aquí, al final, habrá que ejecutar la voluntad mayoritaria; pero, antes (y en esto no suele reparar el aprendiz de demócrata), es preciso nutrir esa voluntad de buenas razones en lugar de dejarla abandonada al tópico o al silencio.

Nuestro político, en suma, olvida que entre seres humanos hay que pasar la prueba de la palabra, que la palabra contiene siempre un desafío. Quien lo rehúsa, a lo mejor se cree más discreto o elegante y -si es más fuerte- puede llevarse el gato al agua; en realidad, ha perdido la partida. Y al esconder sus razones, o al desdeñar por principio contrastarlas con las de su adversario, ¿tendrá derecho a quejarse de que el ciudadano pueda manifestar sinrazones cuando le venga en gana?; ¿cómo no ve que su ejemplar conducta incita finalmente a lo otro que la palabra, es decir, a la violencia?.

Palabras, palabras... Tal vez, pero nuestros políticos vergonzantes aún deberán oír estas otras del filósofo: "*Son injustas todas las acciones que se refieran al derecho de otros hombres y cuyos principios no soportan ser publicados*". Si son capaces, que se apliquen el cuento. De lo contrario, para ellos la perra gorda; pero la razón, además, no.

